

Victor Cuchí Espada

Edificar la nación en el mundo hispanoamericano implicó durante el siglo pasado realizar actos de delicado equilibrio. En Sudamérica, liberales y conservadores lucharon entre sí, para terminar, en muchos países, compartiendo el poder hasta que los cambios sociales del siglo XX los sustituyó por los movimientos de masas y los nuevos partidos modernos.

El caso de México decimonónico es excepcional. Los conservadores fueron aniquilados militarmente y su recuerdo fue empañado por haber participado en el imperio francófilo de Maximiliano. Desde entonces no fue posible que retomaran el poder; regresarían por fuerza subrepticamente y con nuevo nombre. En consecuencia, los liberales gobernarían sin oposición real. Ni siquiera la revolución que derrocó a Porfirio Díaz en 1911 menoscabó la supremacía del liberalismo como ideología oficial del Estado mexicano. Hasta la fecha, el liberalismo triunfante durante el periodo denominado "república restaurada" no ha sido eficazmente desafiado y continúa siendo el mito unificador de la historia moderna de México.

Pese a lo establecido por la historiografía mexicana posrevolucionaria—que considera que la victoria del régimen juarista en 1867 significó la unión del liberalismo con el patriotismo y que ha obligado a muchos historiadores a mantener esta idea como central del desarrollo político de los últimos cien años—, la versión local del liberalismo no era un cuerpo de ideas homogéneo e inmutable. De su desarrollo como nueva ideología de Estado se ocupa *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX* de

Charles A. Hale, quien estudió la evolución del liberalismo mexicano, cuando, en 1968, publicó *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*. En esta obra exploró la aparición de una filosofía política que atacaba las bases ideológicas de la sociedad poscolonial. En la reciente, expone cómo, luego de 1867, el liberalismo de Mora y Gómez Farías cobró rasgos muy diferentes.

El nuevo liberalismo, que abrevaba de las ideas de Saint-Simon y Comte, desde el inicio, rechazó la obra señera de los viejos liberales: la Constitución de 1857. Reacción contra años de tiranía y caos social, consagraba dos principios: que el poder legítimo emanaba de la soberanía popular, y que el primer deber del gobierno era garantizar y proteger los derechos humanos. De ahí, respondiendo a un modelo de Estado que debía ser justo, se instauró un parlamento fuerte y un ejecutivo débil. Sin embargo, la anarquía que menoscabó al gobierno de Juárez hasta 1872, creó la necesidad de reformarla con el fin de fortalecer la autoridad presidencial. El expediente para hacerlo fue polémico: convocar a un referéndum para la creación de, entre otras cosas, un senado. Si bien el intento falló, en 1874 el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada logró instituir el parlamento bicameral.

En 1876, una crisis de sucesión presidencial derrocó a Lerdo, después de haberse reelecto. Enarbolando la bandera constitucionalista, Porfirio Díaz asumió el poder. El Porfiriato ha sido considerado por la historiografía tradicional como el final del liberalismo y el principio de la introducción del positivismo, que era su negación. Hale, empero, rechaza esta idea demostrando que, al contrario, fue un régimen liberal, casi al estilo de las repúblicas francesa y española de la época: regímenes obsesionados por el orden y opuestos a la participación popular. Cabe destacar que la frase "poca política y mucha administración" provino de Lerdo de Tejada.

Estas ideas fueron impulsadas por una generación joven de intelectuales que, al cabo de haber militado contra Díaz, empezaron a apoyarle desde el periódico *La Libertad*. Su concepto favorito fue la "república conservadora", cuyos más insignes paladines fueron Adolphe Thiers y Emilio Castelar, en Francia y España respectivamente. Castelar, por su parte, fue colaborador de este diario, junto con

Francisco Cosmes, Telésforo García, Carlos Olaguíbel, Jorge Hammeken y Justo Sierra. Alérgicos a la soberanía popular y a la democracia, proponían abiertamente un Estado autoritario —una “tiranía honrada”, como escribió Cosmes— que condujera a México al desarrollo económico mediante la implementación de una política “científica”. El país debía abandonar las formas de pensamiento “teológica” y “metafísica”, que correspondían al pasado evolutivo de la sociedad, para entrar de lleno en la “era positiva”, en la cual debía predominar el pensamiento científico.

Así pues, fue surgiendo gradualmente el grupo que, a la postre, conformó la elite intelectual del Porfiriato, grupo que reinterpretó el liberalismo. Sierra fue el más destacado y el más inteligente. Sus ideas se desarrollaron al cabo del tiempo desde la defensa del autoritarismo de la dictadura necesaria hasta su cambio radical en favor de una presidencia más controlada. Creía que el objeto de la civilización era la libertad de la sociedad. En 1893, durante la convención de la Unión Nacional Liberal, propuso una reforma constitucional profunda que originó un debate intenso. El meollo radicaba en la modificación proyectada del Poder Judicial que eliminaba la elección popular de los magistrados en favor de su inamovilidad. Los ataques vinieron de todos lados. Descollaron los liberales de la vieja guardia, como José María Vigil y otros (aun Olaguíbel y Cosmes), quienes afirmaron que atentaba contra las libertades civiles al establecer una judicatura designada por el Presidente. Aunque la reforma fue aprobada por la Cámara de Diputados, fue abandonada en la de Senadores.

Empero, de esta convención, reunida para aclamar la tercera reelección de Díaz, aparecieron los Científicos. El año anterior, José Yves Limantour había sido nombrado secre-

tario de Hacienda. A partir de entonces, muchas de las ideas divulgadas por *La Libertad* y otras publicaciones desde hacía muchos años, comenzaron a practicarse. La solución a los problemas de México, en adelante, serían el orden y la administración. Sin lugar a dudas, los Científicos — como les llamaron sus adversarios a Sierra, Limantour, Casasús, Parra, Macedo y los demás— fueron la primera tecnocracia del país, para quienes el único progreso era el económico y la única meta social el enriquecimiento. En esto tuvieron éxito: a ojos vistas México se industrializaba. Sin embargo, mayúscula fue su miopía social. Aplicando una versión muy especial del darwinismo, predicaron una teoría de la selección natural que descartaba a los pobres como elementos débiles que debían trabajar para los fuertes. En consecuencia, el desmantelamiento de la estructura socioeconómica poscolonial se obtuvo a un costo social altísimo.

La implantación del positivismo y la política científica no sucedió sin resistencia, aun de sectores oficiales. La educación resultó un punto especialmente delicado. A raíz del triunfo juarista, Gabino Barreda se convirtió en el primer director de la recién fundada Escuela Nacional Preparatoria. Durante sus diez años de gestión —fue obligado a renunciar en 1878— usó su cargo para impulsar la educación profesional laica y el científicismo positivista. Encontró la oposición de la Iglesia, de muchos padres de familia y del propio gobierno. Hubo funcionarios a quienes no les agradaba la idea de que a los mexicanos se les impartiera una instrucción distinta de la religiosa y lancasteriana. A inicios de la década de los ochenta, la institución decayó, y si bien logró recuperarse hasta convertirse en la academia de una generación de hombres que concebirían a México de otra manera, asimismo inició la tendencia estatal hacia el control de la educación.

La influencia del positivismo en la política y la sociedad mexicanas fue honda. La huella, luego de los tres decenios porfiristas, abarcó varios campos; sobre todo legó la noción muy arraigada aún de que la única forma en que México puede avanzar históricamente, alcanzar el “progreso”, es mediante la dirección que proporciona un grupo selectos de expertos profesionales. Dicha elite no desapareció con la Revolución, se regeneró en diferentes formas y adquirió el nombre de “clase política”. Además, según Hale, la transformación—o adulteración—de la ideología liberal de filosofía libertaria de combate a justificación gubernamental, influyó sobremanera para que en México no se haya todavía desarrollado un sistema de partidos políticos competitivos y se mantenga la administración autoritaria de la sociedad.

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Editorial Vuelta, 1991, 455 p.